

# FOREIGN AFFAIRS

LATINOAMÉRICA

VOLUMEN 25 • NÚMERO 3

JULIO - SEPTIEMBRE 2025

## Latinoamérica ante los nuevos desafíos para lograr la paz

---

Cita recomendada:

Puig, Cartes, Sabina, (2025) "Latinoamérica ante los nuevos desafíos para lograr la paz", *Foreign Affairs Latinoamérica*, Vol. 25: Núm. 3, pp. 66-73. Disponible en: [www.fal.itam.mx](http://www.fal.itam.mx)

---

# Latinoamérica ante los nuevos desafíos para lograr la paz

---

📍 *Sabina Puig Cartes*

**E**n julio de 2023, el Secretario General de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), António Guterres, presentó la Nueva Agenda de Paz, un importante documento que apela a reforzar el compromiso por la paz frente a un nuevo orden internacional y un escenario geopolítico cada vez más fragmentado, así como amenazas entrelazadas y transfronterizas.

Han pasado 2 años y, lejos de disiparse, estas amenazas se han reafirmado y se han precipitado en crisis catastróficas. La guerra en Ucrania está enquistada: los daños causados a la población civil no han cesado, los muertos en combate se cuentan por decenas de miles y la tensión regional está al rojo vivo. La respuesta israelí a la atroz e injustificable matanza perpetrada por Hamás en octubre de 2023 ha desatado un ciclo de violencias desmedidas contra Palestina y ha convertido a la Franja de Gaza en un infierno calificable de genocidio, ante la inacción o incluso la complicidad de una parte de la comunidad internacional. La ofensiva de Israel contra Gaza ha conllevado, además, ataques a otros países del Medio Oriente. Más guerras, demasiado ignoradas, aún devastan la vida de millones de personas en África (Burkina Faso, Camerún, Etiopía, Libia, Mali, Mozambique, Níger, Nigeria, República Centroafricana, República Democrática del Congo, Somalia, Sudán, Sudán del Sur, entre otros). Sin olvidar a Siria, que, tras una sangrienta guerra de 14 años, aún debe hacer frente a importantes focos de violencia, ni a Myanmar (Birmania), donde los crímenes de guerra y otras violaciones graves al Derecho Internacional Humanitario parecen no tener fin.

El Programa de Datos sobre Conflictos de Uppsala indica que 2023 fue el año más violento desde el final de la Guerra Fría. El Índice de Paz Global 2024 apunta

---

**SABINA PUIG CARTES** es licenciada en Ciencias Políticas y de la Administración por la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB) y maestra en Derecho Internacional de los Derechos Humanos por la University of Essex. Desde 2010, forma parte del Instituto Catalán Internacional para la Paz (ICIP), donde coordina el programa Violencias Fuera de Contextos Bélicos. Ha laborado en la Oficina del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos (ACNUDH), la Corte Penal Internacional (CPI), Amnistía Internacional y Justícia i Pau. Sígala en Bluesky en @sabinapuigc.bsky.social y en X en @ICIPeace.

en la misma dirección: en los últimos años, el mundo se ha convertido en un lugar menos pacífico, con un aumento significativo de conflictos, muertes violentas, inestabilidad política y tensiones. Los contextos bélicos hoy son mucho más complejos, por sus dinámicas y su mayor variedad de actores armados. Las posibilidades de llegar a acuerdos de paz son mínimas. En muchos casos, el conflicto en sí es un negocio para las partes enfrentadas; en otros, el final de las hostilidades no se contempla si no es por victoria militar, lo que enquistado y alarga aún más los enfrentamientos, dificulta pensar más allá de un alto al fuego, y reduce la creación de procesos integrales capaces de abordar las causas profundas de las hostilidades y de proponer transformaciones que limiten el riesgo de repetición.

Otras tendencias ilustran el retroceso mundial de los últimos años, como el temerario cambio en la doctrina nuclear de las grandes potencias y la desenfadada escalada armamentista. El Instituto Internacional para la Investigación de la Paz, en Estocolmo, advierte que el gasto militar mundial ha tenido un incremento de 9.4% respecto a 2023 y ha alcanzado los 2718 millones de dólares en 2024, el más pronunciado desde el final de la Guerra Fría. En Europa hay un aumento sin precedentes en las últimas décadas, con un crecimiento de 28% en Alemania y de 31% en Polonia. Preocupa sobremanera esta carrera armamentista y el afán por “prepararnos para la guerra”, en detrimento de otras necesidades sociales y de la cooperación y la solidaridad internacional, más necesarias que nunca.

Efectivamente, la reducción de la pobreza se ha ido paralizando y han aumentado las desigualdades entre países y dentro de ellos. Según el Banco Mundial, en 2024, alrededor de 700 millones de personas vivían en situaciones de pobreza extrema, es decir, con menos de 2.15 dólares por persona al día (respecto a los precios de 2017). Además, el Programa Mundial de Alimentos advierte que 343 millones de personas en el mundo padecen graves niveles de inseguridad alimentaria y 1.9 millones sufrieron hambruna en 2024.

A ello se suma un deterioro paulatino de las democracias, con un repunte del autoritarismo en muchos países y la adopción de medidas que restringen las libertades de expresión, de asociación y de reunión pacífica. Con el avance de grupos políticos de extrema derecha, también avanza un discurso que cuestiona principios básicos como la universalidad de los derechos humanos o la igualdad de género, lo que causa temores justificados en el seno de muchos colectivos discriminados a lo largo de la historia.

De igual manera, la violencia, la pobreza y el cambio climático empujan a millones de personas a huir de sus lugares de origen. De acuerdo con la Agencia de la ONU para los Refugiados, a finales de abril de 2024, más de 120 millones de personas se encontraban desplazadas por la fuerza, un número que no ha parado de incrementarse en los últimos años, como también han aumentado las trabas para encontrar refugio.

Ante estos grandes retos para la paz mundial, en vez de apostar por el multilateralismo, la cooperación, la diplomacia y los instrumentos internacionales establecidos precisamente para fortalecer la paz y la seguridad mundial, la mayoría de los Estados intensifican dinámicas de competencia geoestratégica que no hacen más que

ahondar en la desconfianza y la fragmentación. La elección de Donald Trump para un segundo mandato añade sal a la herida. Hoy, su declaración de guerra comercial tiene al mundo entero en vilo, y las amenazas de anexión de nuevos territorios que emanan erráticamente de la Casa Blanca tensionan, aún más, los frágiles espacios de diálogo internacional.

## **LATINOAMÉRICA EN EL CONTEXTO INTERNACIONAL**

En las últimas décadas, Latinoamérica ha sido escenario de conflictos armados de carácter internacional en muy pocas ocasiones. Por otra parte, los Acuerdos de Paz de La Habana entre el gobierno de Colombia y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia pusieron fin, en 2016, a la última gran guerra en territorio latinoamericano. A su vez, los grupos insurgentes que protagonizaron parte de las violencias de la segunda mitad del siglo xx han ido abandonando su lucha armada. El Ejército de Liberación Nacional es, quizá, el último grupo guerrillero activo y con control territorial en América.

Sin embargo, la ausencia de guerras y guerrillas importantes en Latinoamérica —con esta excepción colombiana— no significa que el continente sea inmune a las dinámicas mundiales descritas ni esté exento de otro tipo de violencias también letales y destructivas. Paradójicamente, es el continente más pacífico en términos de conflictos armados tradicionales y el más violento en otros parámetros.

Los retos para la paz en Latinoamérica tienen que ver con la inseguridad en las calles y en las casas, con profundas desigualdades socioeconómicas que impiden a millones de personas acceder a los derechos sociales más básicos, con el cierre de espacios democráticos y recortes a las libertades, con una cultura discriminadora todavía muy arraigada en las élites y las instituciones, con el uso abusivo de sus riquezas naturales y la destrucción del medio ambiente, y con el ataque a las personas y los colectivos que defienden los derechos humanos.

Hoy en día, el crimen organizado es la principal amenaza para la paz y la seguridad. En un número creciente de países latinoamericanos, su actividad provoca niveles de violencia equiparables a los que se viven en una situación de guerra.

El proyecto Datos de Ubicación y Eventos de Conflictos Armados da seguimiento a los contextos violentos en el mundo. Cada año publica un índice que contempla indicadores como mortalidad, nivel de peligro para la población civil, extensión geográfica y número de grupos armados. Según su última clasificación, de 2024, cuatro de los once contextos violentos más importantes se encontraban en América: México, Brasil, Colombia y Haití. Curiosamente, todos se sitúan en una posición más preocupante que Ucrania, un país inmerso en uno de los conflictos armados internacionales más intensos del momento.

El último Estudio Global sobre Homicidios, de la Oficina de las Naciones Unidas contra la Droga y el Delito (UNODC), apunta que Latinoamérica, aunque es la región donde habita solo 8% de la población mundial, concentra más del tercio de los homicidios. Hay muchos factores convergentes que explican estas tasas; entre

ellos, la UNODC destaca la producción y el tráfico récord de drogas, la proliferación y la fragmentación de grupos criminales fuertemente armados (así como las respuestas a la presencia del crimen), y el uso de armas de fuego.

Incluso países con un pasado reciente que podría considerarse pacífico, como Chile o Costa Rica, viven un aumento de formas de violencia; por ejemplo, los homicidios a sueldo. En Ecuador se ha registrado un rápido incremento de la tasa de homicidios, con un alarmante pico en 2023. También ha aumentado la violencia en la Triple Frontera. La región paraguaya fronteriza con Brasil ha sido identificada como una de las regiones con mayor violencia letal en el país, pues registra tasas de homicidios que alcanzan los 70 por cada 100 000 habitantes.

Si bien la mayoría de las víctimas directas de estas violencias homicidas son hombres, y sobre todo hombres jóvenes, el fenómeno no perdona a niñas ni a mujeres, y tiene una clara dimensión de género. Ellas están mucho más expuestas a la violencia dentro del hogar, una tendencia que se repite en todas las regiones del mundo. El agravante en América es que los feminicidios, como la violencia sexual y otras expresiones de violencia de género, suelen quedar impunes.

La respuesta de los Estados se ha basado, sobre todo, en políticas de “mano dura”, que han alcanzado su ápice con el “modelo Bukele”: estado de excepción, suspensión de derechos, recortes democráticos y escenificación, mucha escenificación. Son respuestas que, en algunos casos —como en El Salvador—, efectivamente logran sacar a los grupos violentos de las calles en el corto plazo, pero con muchas incertezas de cara al futuro, y a un precio muy caro para las libertades individuales de toda la población y para los equilibrios democráticos que toda sociedad necesita a fin de vivir en paz y garantizar condiciones de vida digna.

En otros casos, como en México, la llamada “guerra contra el narcotráfico”, lejos de solucionar la crisis de violencia, ha fragmentado a los grupos criminales, lo que ha intensificado la violencia entre ellos y contra la población civil. En los casi 20 años de “guerra”, los homicidios no han bajado de los 30 000 anuales y son más de 120 000 las personas desaparecidas.

Se trata de respuestas coercitivas que parten de una visión muy sesgada de lo que significa la seguridad, y que no tienen en cuenta las necesidades reales y diversas de sus víctimas. En Argentina, por ejemplo, donde se registra un feminicidio cada 33 horas, el gobierno se jacta de aplicar la mano dura, a la vez que ha impuesto recortes presupuestarios a las políticas que abordaban la violencia de género.

Las tasas de homicidios y de feminicidios son un indicador bastante fiable para medir el nivel de violencia directa en un país y su evolución en la historia, pero hay que tener en cuenta también otro tipo de violencias, a menudo infradocumentadas, que tienen un impacto enorme en la vida de las personas: extorsiones, desplazamientos forzados, tráfico de personas migrantes, reclutamiento forzado, entre otros.

---

*Hoy, el crimen organizado es la principal amenaza para la paz y la seguridad en Latinoamérica.*

---

En tal sentido, la desaparición de personas y la impunidad generalizada que ampara esta grave violación de los derechos humanos todavía son uno de los mayores obstáculos para la paz en Latinoamérica. Y no nos referimos solo a las desapariciones ocurridas en conflictos armados o dictaduras del pasado que todavía desgarran a familias enteras, y cuyos mecanismos de verdad, justicia y reparación están sufriendo retrocesos; nos referimos también a aquellas desapariciones actuales, ya sea a manos de autoridades o de grupos criminales con connivencia de estas. Las desapariciones forzadas son, en 2025, una dolorosa y escandalosa realidad en países como Colombia, Cuba, Ecuador, El Salvador, Haití, Honduras, México y Venezuela. Las rutas migratorias, cada vez más peligrosas y dominadas por la criminalidad, son escenario crónico de desapariciones.

Los derechos humanos están en crisis en todo el mundo y Latinoamérica no escapa a esta tendencia. Es, de hecho, la región más peligrosa para ejercer su defensa, en particular para las mujeres y las personas afrodescendientes, indígenas y de la diversidad sexual. La defensa de la tierra y del territorio —es decir, al fin y al cabo, la defensa del medio ambiente— frente a megaproyectos o industrias extractivistas se ha convertido en una actividad de alto riesgo en un continente que, precisamente, cada vez está más afectado por el impacto del cambio climático.

La región, con toda su heterogeneidad, tampoco escapa al deterioro de los sistemas democráticos. Los altísimos niveles de corrupción y de colusión con el crimen organizado explican, en buena medida, esta tendencia. También el auge de los autoritarismos. Nicaragua se ha convertido en un régimen dictatorial con gravísimos ataques a los derechos humanos. En Venezuela se reporta una brutal represión, con detenciones, torturas, asesinatos y desapariciones de personas que buscaban un cambio democrático. Cuba es un país sin libertades políticas. En otros países, sobre todo en aquellos donde se decreta un estado de excepción, los contrapoderes al ejecutivo se desmoronan, lo que desmonta el Estado de derecho y deja a la intemperie los derechos y las libertades más básicas. Incluso en países como Guatemala, con perspectivas de mejoras democráticas, se denuncia la falta de independencia judicial, así como la criminalización y el hostigamiento de la oposición política, la prensa y los defensores de los derechos humanos.

En el ámbito social, el Banco Mundial reporta que, a pesar de los avances lentos, la pobreza cayó a su punto más bajo en 2023. Aun así, todavía está muy extendida en la región y afecta derechos básicos como la salud y la alimentación. El último informe anual de Amnistía Internacional denuncia que la inseguridad alimentaria afecta a millones de personas —incluso a niños— en Argentina, Bolivia, Brasil, Cuba, Haití y Venezuela. El mismo Banco Mundial advierte, además, que Latinoamérica es una de las regiones más desiguales, con Brasil y Colombia a la cabeza. Numerosos movimientos sociales también denuncian que el racismo estructural, presente en buena parte del continente, reproduce estas desigualdades.

Y si el multilateralismo no es tendencia en el mundo, tampoco lo es en la región. En los últimos años se han observado mayores polarizaciones políticas y divisiones en la diplomacia continental, una disminución de los espacios de diálogo y un

debilitamiento de las organizaciones multilaterales. Esto hace aún más complicado abordar problemas compartidos, como el desarrollo económico, el desmantelamiento del crimen organizado, la gestión de la migración, la lucha contra el cambio climático y, ahora, la agresión comercial estadounidense.

## **A PESAR DE TODO, UNA REGIÓN COMPROMETIDA CON LA PAZ**

En la búsqueda de la paz y los derechos humanos, Latinoamérica ha vivido episodios dramáticos, pero también es precursora de grandes aportaciones a la humanidad, ya sea en el ámbito conceptual, intelectual y espiritual, así como en la práctica y el desarrollo de propuestas para avanzar hacia realidades más justas y sostenibles.

Respecto al multilateralismo, la región ha sido capaz de llegar a grandes consensos que han contribuido a la paz y la seguridad regional e internacional. Por ejemplo, el primer acuerdo internacional de derechos humanos, que precede por unos meses a la Declaración Universal de Derechos Humanos, es americano. En 1967, con la firma del Tratado de Tlatelolco, Latinoamérica se configuró como zona libre de armas nucleares. Más recientemente, en 2014, la Comunidad de Estados Latinoamericanos y Caribeños proclamó a la región como “zona de paz” y reafirmó su compromiso por la solución pacífica de conflictos, el respeto al Estado de derecho y el desarme nuclear. A pesar de su impacto más simbólico que práctico, su vigencia se ha ido reafirmando, un gesto nada desdeñable en una región y un mundo impregnados de confrontación donde escasean compromisos como este.

Se debe recordar también que el germen de los mecanismos especiales de la ONU es latinoamericano, con el establecimiento de un relator —primero— y un grupo de trabajo —después— para examinar la situación de las personas desaparecidas tras el golpe de Estado en Chile. La valentía de las familias al presentar denuncias fue clave para detonar un cambio esencial en la entonces Comisión de Derechos Humanos y en el posterior desarrollo del sistema internacional de derechos humanos que hoy cubre al mundo.

La región también ha sido pionera en el ámbito de la justicia, con la implementación de una gran variedad de mecanismos para hacer frente a los crímenes del pasado y construir sociedades pacíficas: desde la creación de comisiones de la verdad e instrumentos de reparación y memoria, hasta procesos judiciales contra dictadores. Con todas sus debilidades, estas iniciativas han permitido transitar hacia democracias, dignificar a las víctimas y socavar, en cierta medida, la imperante cultura de la impunidad, pero también han inspirado procesos similares en otros países y han contribuido a fortalecer el concepto de justicia transicional.

Sin duda, el ejemplo más reciente es la Jurisdicción Especial para la Paz de Colombia, un modelo de justicia restaurativa que ubica el reconocimiento del sufrimiento de las víctimas en el centro del proceso y garantiza su participación, con un enfoque integral y estructural, así como una puesta en práctica interinstitucional. Con sus más y sus menos, el modelo se estudia en el mundo como base para posibles procesos similares. Otro experimento latinoamericano inédito fue la Comisión Internacional contra la Impunidad en Guatemala, una entidad internacional independiente,

creada por un acuerdo entre el gobierno de Guatemala y la ONU, para investigar estructuras criminales incrustadas en el Estado.

Vale la pena mencionar también la estrategia de “paz total” de Colombia. Basada en negociaciones simultáneas con todas las partes y en transformaciones de carácter territorial, es de las más ambiciosas e innovadoras en los últimos tiempos. A pesar de que no ha podido evitar el repunte de la violencia, esta apuesta contrasta con las tendencias mundiales a la mano dura, así como al uso de la fuerza armada y la unilateralidad antes que la negociación.

Pero, sin duda, el gran capital que tiene Latinoamérica para enfrentar sus grandes desafíos en torno a la paz es su tejido social, al igual que el rico ecosistema de asociaciones y colectivos. A pesar de las grandes dificultades por los drásticos recortes financieros y la

---

*La construcción de la paz es un esfuerzo de largo aliento que requiere un compromiso sostenido en el tiempo.*

---

creciente fiscalización —y, en algunos países, la señalización y la represión—, la sociedad civil organizada no ha cesado de impulsar iniciativas transformadoras con una visión de paz.

Los movimientos sociales, como los feministas, decoloniales, afrodescendientes, campesinos y medioambientalistas, ponen en entredicho modelos de desarrollo excluyentes, reivindican derechos y proponen esquemas alternativos. Abundan las movilizaciones e impresiona la diversidad de méto-

dos creativos, simbólicos y no violentos en la región. Los pocos ejemplos que se citan a continuación no hacen justicia a la gran cantidad de aportaciones que ha ofrecido el continente.

El reconocimiento del “buen vivir” en la Constitución de Ecuador en 2008 y del “vivir bien” en la de Bolivia en 2009, conseguidos gracias a la presión social —sobre todo indígena—, fortalecieron y ampliaron el concepto democrático. La repercusión internacional fue considerable, y han inspirado centenares de iniciativas que promueven una vida en armonía con la naturaleza y la comunidad, y que priorizan el bienestar colectivo sobre el individualismo y el crecimiento económico desmedido. En las elecciones de 2023, la movilización indígena de Guatemala desempeñó un papel crucial en la defensa de la democracia.

En el tema medioambiental, la articulación popular fue clave para que El Salvador adoptara, en 2017, una ley que prohibía la minería metálica, que lo llevó a ser el primer país en implementar una medida de este tipo (por desgracia, esta ley pionera fue revocada en 2024).

Los colectivos de víctimas también tienen una increíble capacidad de resiliencia y de movilización. Muchos de ellos se han constituido como verdaderos actores de construcción de paz y de transformación social. Las Madres y las Abuelas de la Plaza de Mayo, en Argentina, iniciaron un camino que muchas otras familias de desaparecidos han continuado. Las madres buscadoras de México, y de otros países latinoamericanos, son una de estas voces que se han convertido en un referente mundial a favor de la justicia y la paz para frenar el avance de la cultura de la violencia.

La construcción de la paz es un esfuerzo de largo aliento que requiere un compromiso sostenido en el tiempo, y en Latinoamérica este esfuerzo tiene una extensa trayectoria. En un momento de grandes desafíos mundiales y de desconcierto, los métodos tradicionales para construir la paz no están dando frutos. El mundo se encuentra ante la necesidad de generar otras visiones, estrategias, formas y diálogos, y, en tal sentido, Latinoamérica y su resiliencia son inspiradoras. Resiliencias interiorizadas a base de resistencias centenarias dan hoy valiosos aprendizajes: metodologías de diálogo (incluso los más improbables), de prevención de violencias, de construcción de comunidad, de mecanismos de seguridad colectiva, de documentación, archivo y procesos de verdad, de cuidados, de arte al servicio de la denuncia, y de sanación. En definitiva, experiencias que nos enseñan a habitar de otra forma el mundo, “un mundo donde quepan muchos mundos”. 🌐